



Matías Miguel Clemente
Una arena tan sensible

20 La Bella
varsovia

EDITANDO
POESÍA
DESDE
2004

Una arena tan sensible

Matías Miguel Clemente

La Bella Varsovia

LA CELLA DELLE PAZZE
(LA CELDA DE LAS LOCAS)

Con el cuadro de Giacomo Grosso

Cómo llega una piedra a un lugar nuevo
sin que las demás piedras no se alteren.
Donde nada hay nada es alterable
pero una piedra avanza y eso es algo.
Llegará donde nadie esté a la espera
y hará de su llegada
un murmullo de choques.

Nada la reconocerá al principio:
una piedra no cambia de un día para otro
sin que no cambien las demás.
Ha de llegar de forma insospechada
y, cuando logre desplegar su aliento,
mineral y sonoro,
ninguna otra se dará por aludida.

Santa cordura la del hierro,
bendita la locura de la piedra
que choca sin pedir nada más que aire
para el frágil incendio de su aullido.

como la luz que brota
del colmillo de un tiburón.

Hay un sonido cárdeno en su risa,
que, bajo el agua, siembra un orfeón
que se repite y se repite. Suena
—permítanme decir—
multiplicando un eco en las burbujas.

Un millón de inquietudes en sus dedos
tratan de capturar algunas trenzas
de agua que se adhieren
a nuestros cuerpos dóciles y permeables.

Todo es sencillamente humano.

Y mientras voy perdiendo nitidez,
contornos, lascas límpidas de piel
por la falta de oxígeno,
él va ganando sombras que repiten
un cántico, preciso, que rescata.

Me encantaría decirte en el idioma
de la sal y la arena que las cosas,
entre ellas, se irán asemejando,
que tu voz habla humilde y es sencilla
como la de las piedras,
que gorjea tu risa como espuma
en una orilla ignota,
que tu aleteo es como el de los pájaros
y tu quietud da sombra a las montañas.

Porque tú perteneces ya a este vuelo,
tu presencia será continua y volátil
como la de ese aire que susurra a los nidos
en los días de lluvia.

Y de este modo, alrededor de mí,
escucho unos silbidos perezosos
que vienen de otras aguas
y una cadena vívida de hierro
me coge sin tocarme, me eleva
de nuevo a tus mejillas, frescas, tersas
y me libero un día más de ahogarme.

MUÑECAS ROMANAS

Alejandra Pizarnik soñó que había estado haciendo una lectura en Albacete, y yo soñé que había sido cierto, que Alejandra Pizarnik realmente había estado en Albacete, pero convertí el sueño en una realidad, y pregoné por todos lados que:

Alejandra leyó aquí, en Albacete,
Alejandra leyó aquí, en Albacete,
Alejandra leyó aquí, en Albacete.

Leyó ante el público de mi ciudad,
en el museo provincial, rodeada
de piedras que se habían extraído
también de la locura.

Las muñecas romanas escuchaban
entusiasmadas su salmodia.

Pero no todas las reliquias fueron
engatusadas por sus versos.
Así, según las crónicas del día,
y según críticos de la ciudad,
la obra de Alejandra no era
ni formal ni canónica, más bien
marginal, rara, para gente extraña.

En otra situación, allí en Turín,
un joven argentino me indicó

que los poemas de Alejandra solo
podrían conquistar a los adolescentes,
y yo le dije que una vez estuvo
en el museo de mi pueblo, en Albacete,
y que era muy probable
que ni siquiera los adolescentes
pudieran disfrutar de sus poemas,
ya que había que ser más de piedra,
estar mucho más próximo a la piedra,
sentir el peso y el dolor del mundo,
como las diminutas muñequitas romanas
que siguen vivas, pétreas
y engarzadas con hierro a la plomiza
gravedad del planeta.

VALOR

*Porque no hay canto alguno
sin el humor del cuerpo*

Miguel Ángel Velasco

Quién diría que el hierro iba a vestir
la piel de los guerreros,
que irían estos escondidos
bajo el arco de su eterna dureza.

Quién diría que estaba allí mucho antes
de que ardiera en las fraguas,
bajo unos brazos que lo trabajaron,
incansables, como astros que no huyen.

Quién diría que brazos, manos, dedos,
que lo fundieran, que lo traicionaran,
se harían después huéspedes de su ánimo.

Quién diría que aquellas raudas piernas
serían capaces, tan jodidamente,
de asaltar los jardines sin rozarlos,
sin que una sola greba los tocara.

Quién diría que aquella piel cobriza
se soldaría fuerte con el hierro,
en un material puro,
en el momento en que una sola espada
atravesara el corazón atómico

de las corazas.

Quién pensaría
que esa aleación de sangre, hierro y dermis
sería germen, siembra para el canto,
empasto cruel para la leyenda,
pomada que sanara —en cuanto fuese ungida—
los ánimos de los que, como yo,
no tenemos valor
para humillar al tiempo
ni a su ejército.

Llegamos a la edad de los recuerdos, de las experiencias; de lo que ocurrió y todavía permanece, acompañándonos. Los poemas de *Una arena tan sensible* hablan sobre aquello que guarda dentro de su dureza y su carácter inerte la esencia del fuego, del agua, de la tierra; de los elementos que, en definitiva, constituyen los días que se engarzan con otros días, y con más días, así desde el comienzo hasta el final. Versos rotundos, los de Matías Miguel Clemente: de la materia misma del metal o de la piedra, cuyas presencias impregnan la lectura. Presencias esas, entonces, y también esos recuerdos y esas experiencias, que después de conformarse como materia de lo inexistente, se mantienen —sin embargo— iguales al latido de un corazón que repercute en todo cuanto nos rodea.

Fiel al espíritu de Dante, escribiendo desde la mitad del camino de la vida nuestra, Matías Miguel Clemente nos propone reflexionar sobre lo que nos ha marcado, sobre lo que hemos conseguido y lo que nos escapó, y festejarlo. Estos versos piensan sobre el milagro creativo en todas sus facetas, sobre el descubrimiento total del propio sentido de existencia... Con un lenguaje sobrio y elegante, preciso, y con un lenguaje que arraiga en la emoción, en poemas que resulta sencillo vincular con nuestra propia memoria, Matías Miguel Clemente nos invita en *Una arena tan sensible* a descubrir en qué consiste esto de la vida.

Sobre *Dreno*: «La catarsis del lenguaje, el desorden original de las ideas, el enfrentamiento entre el mundo y las formas» (Andrés García Cerdán, ABC).

La Bella
varsovia

labellavarsovia.com

✕   labellavarsovia

ISBN: 978-84-339274-4-6

IBIC: DCF



9 788433 927446